

IRÁN

1941-1945

Invasión anglo-soviética, ocupación y guerrilla.



Rubén Villamor

ÍNDICE

Prefacio	7
Persia y el Gran Juego.....	9
Sha Rezâ Khan y Reino de Irán	19
Neutralidad y II Guerra Mundial.....	25
Comando de Oriente Medio y Ejército Rojo	37
Ejército Iraní.....	45
Invasión Anglo-Soviética de Irán.....	51
Ocupación Aliada	97
El “Corredor Persa”.....	103
Hambruna Iraní.....	109
Guerrilla Iraní	119
Comando Persa-Iraquí y “Plan Orient”	133
Conferencia de Teherán y Años 1944-45	141
Balance	147
Bibliografía	149



PREFACIO

El 28 de Febrero de 2026 los Estados Unidos e Israel emprendieron una campaña de bombardeos masivos contra la República Islámica de Irán, dando con ello inicio a un conflicto de incierta resolución, por lo menos en el instante de escribirse estas palabras a fecha de junio del mismo año. A medida que los aviones, misiles y drones tanto de los norteamericanos como de los israelíes se han dedicado a machacar lo que en su tiempo fue la Vieja Persia, y los iraníes a su vez han respondido con la misma moneda sobre los países del Golfo Pérsico u otros objetivos en Oriente Medio, Azerbayán e incluso Chipre, cabe preguntarse si esta contienda es fruto de tensiones actuales de la última década, o si por el contrario tiene unas raíces mucho más profundas de acontecimientos acaecidos en el pasado.

Debido a que el comienzo de las hostilidades todavía es reciente, posiblemente nadie disponga de las herramientas suficientes para afirmar con rotundidad las causas de la que ya empieza a ser conocida como la Guerra de Irán de 2026, aunque quizá cuando el lector lea estas líneas los historiadores ya hayan modificado el nombre de dicho conflicto. Curiosamente en lo que sí podemos estar seguros y establecer cierto consenso es que no todo el origen de la conflagración se debe a sucesos contemporáneos como por ejemplo el desarrollo del programa nuclear iraní, las protestas ciudadanas contra el régimen de los Ayatolás o las elecciones de medio término del Presidente Donald Trump; sino que el problema viene de bastante más lejos, probablemente desde mucho antes de que los protagonistas de la presente contienda hubiesen nacido.

Las causas históricas que tienen su impacto en los episodios de 2026 también son complejas de enumerar, pues son muchas y espaciadas en el tiempo, ya sea el caso de la penetración rusa en Persia a finales del siglo XVIII, la política del “Gran Juego” con Reino Unido en el siglo XIX, la brutal agresión de la Entente en la Primera Guerra Mundial, la



invasión anglo-soviética en la Segunda Guerra Mundial, el régimen autoritario del Sha Mohammad Pahlavi, la Revolución Islámica en 1979 o la sangrienta Guerra de Irán-Irak de 1980 a 1988. La conjunción de todos estos acontecimientos cronológicos a lo largo de casi 200 años han contribuido a consolidar una cultura antioccidental entre los persas/iranís, primero contra británicos y rusos, y posteriormente contra los estadounidenses, por lo que conociendo cada uno de estos elementos tendremos una visión mucho más clarificadora para entender parte de los sucesos actuales.

La razón del por qué el 80% de la población de Irán simpatizaba con Hitler durante la Segunda Guerra Mundial es la misma por la que en 1979 un alto porcentaje de los persas apoyaron la instauración del régimen islámico de Ruhollah Jomeini, por la que en 1914 decidieron apoyar al Imperio Otomano en contra de la Entente o por la que en 1921 secundaron el golpe de Estado del coronel Rezâ Khan. Las razones de fondo en el caso de estos cuatro ejemplos es la misma: restaurar la soberanía nacional e impedir a los extranjeros esquilmar los recursos del país, estos últimos encarnados siempre por los anglo-estadounidenses y los rusos/soviéticos.

Como divulgador de la Segunda Guerra Mundial y especialista en los teatros bélicos más periféricos, entendí que con lo ocurrido entre Irán, Estados Unidos e Israel este año 2026, me sentía en la obligación de dar a conocer lo que sucedió dentro el espacio persa entre los años 1939 y 1945. En verdad antes ya había explorado este ámbito geográfico en el caso de la Gran Guerra, concretamente a través de una obra publicada en 2023 bajo el título de *El Cáucaso y Persia en la Primera Guerra Mundial 1914-1918* (HRM Ediciones), en cuyas páginas se analizó cómo Persia fue agredida por los anglo-rusos, como Alemania impulsó una insurgencia mediante el envío de oficiales, cómo surgió una gigantesca guerrilla contra los invasores y cómo se padeció una hambruna con millones de muertos. Curiosamente la misma pesadilla se repetiría de manera casi calcada con la segunda conflagración a escala global que tuvo lugar dos décadas después, precisamente de lo que trata este trabajo, el cual espero sea de su agrado.

Rubén Villamor.



Los tres grandes en la conferencia de Teherán en 1943.

PERSIA Y EL GRAN JUEGO

El papel que Persia vino a desempeñar en el mundo fue la de erigirse como una de las civilizaciones más importantes de la Historia, precisamente en un territorio ya de por sí capital en términos estratégicos, demográficos, económicos y culturales a medio camino entre el Oriente Medio, Asia Central y la India. La política de los persas a lo largo de más dos milenios, tan sólo comparable al Antiguo Egipto, fue la de expandirse, influir y sucumbir una y otra vez ante los grandes imperios de diferentes épocas, dejando una profunda huella tanto a nivel regional como global, que comenzó con el Imperio Medo y continuó con el moderno Irán del siglo XX.

PERSIA, DEL IMPERIO MEDO AL SIGLO XX

El origen de Persia se remonta al II milenio a.C. cuando los pueblos indoeuropeos se asentaron sobre una extensa meseta al sur de Asia Inferior, colindando en sus bordes más occidentales con territorios que en su momento habían pertenecido a la vieja Sumeria, así como a los Imperios Asirio y Babilonio. Allí cristalizó la civilización irania compuesta por los pueblos arios, un grupo social que destacaba por su fama guerrera, agrícola y aristocrática, quienes acabarían fundando el Imperio Medo, por ese entonces un gran Estado que fijó su capital en Ecbatana y que tuvo su propia institución religiosa basada en el zoroastrismo de la divinidad Ahura Mazda. Curiosamente este poder regional que experimentó un fuerte desarrollo entre los años 715 y 550 a.C., serviría para justificar mucho más tarde, ya en el siglo XX, el acercamiento del Irán Moderno al Tercer Reich, evocando un glorioso pasado ario que entroncaba con las tesis raciales del Partido Nacionalsocialista.¹



Al Imperio Medo le sucedió el Imperio Aqueménida, al que muchos en la Grecia Clásica ya empezaron a referirse como Imperio Persa, en especial cuando se expandió por Oriente Medio y colisionó con las poleis griegas del mundo helénico durante las conocidas como Guerras Médicas. A pesar de que esta civilización fue la mayor de su época con impresionantes complejos arquitectónicos y ciudades como Persépolis, sobre todo durante los mandatos de los Reyes Ciro II y Darío I; finalmente la Macedonia de Alejandro Magno lo terminaría aplastando en la Batalla de Gaugamela del año 331 a.C., dando entonces lugar a la dinastía del general macedonio Seleuco, quién fundó el Imperio Seleúcida, el cual prolongaría su existencia hasta las invasiones de los escitas del Mar Caspio, cuyos guerreros acabaron instaurando el Imperio Parto en el 63 a.C.²

El Imperio Romano trató en varias ocasiones de someter al Imperio Parto durante los siglos I y II d.C., pero encajó sonoras derrotas frente a los ejércitos persas, como también posteriormente a la dinastía sucesoria, la del Imperio Sasánida, cuyas fuerzas resistieron incluso al Imperio Bizantino gracias a la famosa caballería acorazada de los catafractos. Las cosas sin embargo cambiaron con la llegada del islam y la derrota de los sasánidas ante los árabes en la Batalla de Qaddisiya, pues en seguida se creó el Imperio Samánida que adoptó la rama del chiísmo cuando se produjo el cisma entre los sunitas y la facción de Alí, el yerno del Profeta Mahoma. A partir de entonces Persia volvió a experimentar un gran crecimiento económico, demográfico y urbanístico, ya que se triplicó el volumen de sus ciudades y se construyeron grandes palacios, puentes y mezquitas como la monumental Aljama de Isfahan. Aquello no impidió que los persas sufrieran altibajos, como por ejemplo el paso y saqueo de las Hordas Mongolas en el siglo XIII, así como las invasiones de las tribus túrquicas procedentes del Asia Central que impusieron sus propias dinastías como la de los Gaznavíes, los Selyúcidas o el Imperio Safávida, jugando este último un papel fundamental a la hora de exportar nuevas civilizaciones a países vecinos que evolucionaron en el Imperio Mogol sobre la India o en el Imperio Otomano que se extendió por Oriente Medio, el sureste de Europa y el Norte de África.³

Inesperadamente en el siglo XVII surgió un nuevo enemigo al norte de Persia, en este caso el Zarato Ruso del Zar Alexis I que acababa de adquirir una salida al Mar Caspio a través del puerto de Astracán, ya que a partir de entonces los eslavos empujaron a las tribus túrquicas más allá del Río Terek y forzaron el paso del Río Sunzha sobre el Cáucaso, propiciando con ello el estallido de la Primera Guerra Ruso-Persa de 1651. El conflicto se resolvió favorablemente para el Sha Abbás II del Imperio Safávida, pues los rusos abandonaron los fuertes al otro lado del Río Sunzha, renunciaron a construir nuevas fortificaciones e incluso tuvieron que ceder la ciudad de Tarki en 1654. Las cosas sin embargo cambiaron con la Segunda Guerra Ruso-Persa, pues en esta ocasión la Rusia del Zar Pedro el Grande era un poder regional consolidado tras la reciente Gran Guerra del Norte, algo que se demostró cuando la caballería cosaca aplastó a los persas sobre Daguestán e invadió el territorio iraní de Ganja, por lo que los safávidas no tuvieron más remedio que firmar el Tratado de San Petersburgo de 1722 y entregar a los zaristas el enclave de Derbend en la costa occidental del Mar Caspio.

A finales del siglo XVIII la Zarina Catalina la Grande y luego el Zar Pablo I quisieron extender de nuevo sus dominios durante la Tercera Guerra Ruso-Persa contra la Dinastía



Pedro I en Tarki, la capital de Tarki Shamkhalate.

Qajar en 1796, irrumpiendo en Azerbaiyán hasta más allá de Shusha y Aras, aunque la repentina muerte del monarca en 1801 y el entronizamiento del Zar Alejandro I hicieron que se volviese al anterior “statu quo”.⁴ La paz sin embargo tan sólo duró tres años porque ante la debilidad del Imperio Zarista frente a Francia dentro del contexto de la Guerra de la Tercera Coalición contra Napoleón Bonaparte, en 1804 el Imperio Persa y el Imperio Otomano forjaron una alianza que desembocó en la Guerra Ruso-Persa de 1804 y en la Guerra Ruso-Turca de 1806. A pesar de que en Europa el desastre ruso fue colosal en la Batalla de Austerlitz, por el contrario en el Cáucaso los zaristas aplastaron a persas y otomanos, además de apoderarse de parte de Daguestán y Azerbaiyán con el puerto de Bakú, tal y como quedó reflejado en el Tratado de Gulistán de 1813.

El último conflicto armado entre Rusia y Persia tuvo lugar en 1826 cuando el Príncipe Abbas Mirza impulsó una revuelta islámica dentro de los territorios perdidos en el Tratado de Gulistán, forzando la intervención de Rusia y el comienzo de la Quinta Guerra Ruso-Persa. La contienda se desarrolló favorablemente para el Ejército Ruso porque en 1827 amplió sus dominios irrumpiendo en Armenia, ocupando Ereván, avanzando más allá del Valle de Aras y alcanzando tanto las orillas del Lago Urmia como las afueras de Tabriz, por lo que una vez abierta la ruta a Teherán, el Sha Fath-Alí buscó una solución a la desesperada y optó por negociar con el Zar Nicolás I. Así fue como ambos mandatarios firmaron el Tratado de Turkmenchay, en cuyas cláusulas los persas fueron humillados tras tener que ceder al Imperio Zarista el resto de Georgia, Daguestán y la mitad de Azerbaiyán, así como la totalidad de Armenia Oriental, permaneciendo únicamente bajo su control el



Artillería rusa durante la guerra con Persia (1804-1813).

denominado Azerbaiyán Persa por debajo del Mar Caspio. A este revés militar hubo que añadir otro de carácter moral y simbólico porque Persia tuvo que pagar 3 millones de rublos y conceder derechos de extraterritorialidad a los rusos, perdiendo de este modo su influencia en la región después de más de 2.000 años de predominio, prácticamente desde mediados del I milenio a.C.⁵

Inesperadamente a mediados del siglo XIX apareció un nuevo enemigo al este del Imperio Persa, en este caso el Reino Unido que buscaba expandir su colonia de la India hacia el oeste y más en concreto hacia la vecina Afganistán, por lo que cuando el Sha Nasareddín tuvo una disputa local con los afganos en Herat, una ciudad habitada por farsíes de etnia irania que poblaban los alrededores del Valle de Hai Rud, el gobierno de Londres consideró que el gesto violaba su esfera de influencia y en 1856 declaró la Guerra Anglo-Persa. El conflicto armado de poco menos de un año de duración se resolvió con una victoria decisiva de Gran Bretaña que expulsó a los persas de Herat e incluso ocupó algunas plazas al sur del país, algo que obligó a la Dinastía Qajar a firmar el Tratado de París de 1857 que en la práctica subordinaba la política interna de la nación a los intereses británicos⁶.

El interés del Reino Unido por Persia fue en aumento por culpa del denominado “Great Game” o “Gran Juego”, un término acuñado por el capitán de inteligencia Arthur Connolly y popularizado por el intelectual Rudyard Kipling que hacía referencia a la rivalidad existente entre Gran Bretaña y Rusia por expandirse sobre Asia Central, incluyendo Afganistán y el Tíbet.⁷ La razón de ello era que el Imperio Zarista ansiaba alcanzar las cálidas aguas del Océano Índico; mientras que el británico quería establecer una especie de “regiones tapón” para proteger sus dominios en la India, tal y como definió el Secretario



de Estado George Nathaniel Curzon en su manual *La Cuestión Persa*. Sin embargo como ambas potencias no deseaban ir a la guerra una contra la otra, intentaron ejercer su influencia en el país estableciendo empresas que compitieron entre sí por explotar los recursos persas, usualmente carbón, hierro, cobre, plomo, manganeso, zinc, níquel y cobalto; además de invertir en carreteras y ferrocarriles, como por ejemplo hicieron los rusos con la línea de Julfa a Tabriz.

A comienzos del siglo XX las ideas de la Ilustración procedentes de Europa terminaron calando en Persia, por lo que en 1905 estallaron una serie de protestas que se materializaron en la Revolución Persa, la cual concluyó en 1906 con un acuerdo entre la monarquía y los reformistas que acabó con el recorte de privilegios a la Corona, la redacción de una Constitución y el establecimiento de un Parlamento, el “Majlis”.⁸ El nuevo sistema político favoreció la irrupción de movimientos nacionalistas persas que proponían desprenderse del yugo de Gran Bretaña y Rusia, incluyendo algunos panturanistas apoyados desde el exterior por el Imperio Otomano que reclamaban la devolución del Azerbayán Ruso. Aquel foco de inestabilidad regional, sumado al hecho de que Alemania estaba construyendo muy cerca de las fronteras persas el Ferrocarril Berlín-Bagdad que uniría el Segundo Reich con el Golfo Pérsico, condujo a que los dos grandes rivales del “Gran Juego” aparcaran sus diferencias y acercasen posturas durante la firma del Acuerdo Anglo-Ruso.

El Acuerdo Anglo-Ruso de 1907 dividió a Persia en dos áreas de influencia que aprovecharían en su propio beneficio tanto Gran Bretaña como Rusia con la finalidad de contener la cada vez mayor injerencia germano-otomana en la región. Así fue como el Imperio Persa tuvo que humillarse una vez más y abrir sus fronteras a los europeos, autorizando que el Ejército Ruso estableciera una serie de cuarteles sobre el Azerbayán Persa, concretamente en Tabriz, Urmia, Khoi, Dilman, Makú, Ardabil, Resht, Maragha y Suj-Bulak, en donde encima se le permitió disponer de unidades locales a cambio de un sueldo, como por ejemplo la Brigada de Caballería de Cosacos Persas, en cuyas filas ingresó un desconocido oficial Rezâ Khan, al que apodaban “Rezâ Maxim” por encargarse del mantenimiento de las ametralladoras *Maxim* (quién sin aún nadie saberlo se acabaría convirtiendo en Sha).⁹ Al mismo tiempo el Imperio Británico se hizo cargo del suroeste del país, en donde la Royal Navy se apropió de Abadán y el puerto de Bandar Abbas para garantizarse el control del Golfo Pérsico.

A corto plazo el Reino Unido fue el más beneficiado del Acuerdo Anglo-Ruso porque al año siguiente, en 1908, un rico empresario inglés llamado William Knox d'Arcy, descubrió durante unas prospecciones geológicas la presencia de gigantescas bolsas de petróleo al suroeste de Persia, más en concreto sobre Juzestán y Abadán. Como cabía esperar el gobierno de Londres consiguió del Sha Ahmad la concesión de los derechos de extracción en 1909, por lo que en cuanto terminaron de construirse las instalaciones y refinerías de la Compañía Petrolífera Anglo-Persa (Anglo-Persian Oil Company) en 1911, la empresa comenzó a bombear “oro negro” y dinero, aunque siempre bajo unas condiciones de contrato muy perjudiciales para los persas, quienes tan sólo recibían unas pocas contrapartidas residuales, algo que les llevaría a rebelarse en la Primera Guerra Mundial.¹⁰



LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Al estallar la Primera Guerra Mundial en Agosto de 1914, el Reino de Irán se declaró neutral respecto de la Entente y de los Imperios Centrales pese a que el noroeste del país estaba ocupado por el Imperio Zarista y las costas del Golfo Pérsico por el Reino Unido. La simple presencia de los anglo-rusos acabó propiciando que cuando el Imperio Otomano entró en la contienda a finales de octubre, no tuviese más remedio que profundizar en el territorio persa para salir al encuentro de británicos y zaristas, no con un afán de conquista, sino para proteger el flanco oriental y evitar que cayesen de costado sobre sus dominios en Mesopotamia.

A partir de la arremetida del Ejército Turco contra el oeste de Persia que primero fue frenado por los zaristas en Tabriz y más tarde por un grupo de cosacos e independentistas armenios en la Batalla de Dilman, se dibujó un vasto teatro de operaciones que durante los años siguientes se caracterizaría por ofensivas y contraofensivas, los otomanos partiendo desde Khanikin hasta Hamadán y los rusos desde esta última ciudad hasta el punto de partida de los turcos, pero sin que ningún bando se impusiera al otro debido a que en cuanto sobreextendían sus líneas se veían obligados a dar media vuelta para ceder de nuevo el terreno al rival. Algo parecido sucedió en el Azerbayán Persa, en donde se registraron cruentos combates entre los cristianos asirios pro-Entente y las milicias persas, estas últimas armadas y equipadas por la Sublime Puerta, cuyos guerreros cometieron verdaderas limpiezas étnicas contra la población asiria y armenia, en el caso de esta última dentro del contexto del Genocidio Armenio que comenzó a mediados de 1915.



El comandante del XIII Cuerpo, Ali Ihsan Bey, y sus hombres en Hamadán.

Mientras tanto la actitud del Sha Ahmad fue la de intentar garantizar una neutralidad inexistente, pues aunque él y su gobierno eran pro-Entente, el resto del país era pro-Imperios Centrales, ya fuera la casi totalidad del Parlamento con el Partido Demócrata a la cabeza, el generalato y la oficialidad del Ejército Persa, los soldados rasos y la Gendarmería, los clérigos chiíes, la población y las tribus periféricas. Este sentimiento anti-Entente acabó en un golpe de Estado del sector más pro-turco de las Fuerzas Armadas Persas que curiosamente promovió el cónsul alemán Georg Von Kanitz, aunque fracasó gracias a los guardias reales y a que el monarca recibió la ayuda de un contingente cosaco desembarcado al sur de Mar Cadio que estuvo al mando del general Nikolai Baratov.¹¹